



# Revista de Revistas



## "SOY ESCEPTICO FRENTE A POSIBILIDADES"

ES un personaje curioso. Calificado por sus adherentes como "brillante" y "carismático", sus detractores prefieren verlo como un moderno Maquiavelo, usando de su inteligencia y conocimientos para aconsejar al Poder y de esa manera controlarlo.

Jaime Guzmán ríe cuando se le pregunta por su influencia. "Son tantas las cosas que dicen de mí, que ya no sé qué pensar". Pero, aunque no le gusta reconocerlo, sabe que sus opiniones pesan hoy en el ámbito político. A los 37 años, con sus gruesos anteojos, su incipiente calvicie, su bufanda aún en días de calor, y sus costumbres austeras, que lo hacen aparecer mayor, resulta un líder poco convencional.

Brillante polemista, de ideas claras y fácil oratoria, sus intervenciones televisivas durante el gobierno de la Unidad Popular lo sacaron del ámbito universitario y lo proyectaron a la vida política nacional. Con el advenimiento del nuevo régimen en 1973, pasó a ocupar diferentes cargos de asesoría en el Gobierno, quizás el más importante, en la comisión que elaboró el proyecto de Constitución Política aprobado en 1980. En la actualidad participa en la comisión que estudia las leyes constitucionales dentro del Consejo de Estado.

Abogado, árbitro de fútbol, amante de la buena música y la lectura, Jaime Guzmán fue hasta la semana pasada el dirigente máximo del movimiento denominado "gremialista", que nació en 1968 en la Universidad Católica y luego abarcó distintos sectores de la actividad nacional. Hace diez días, bajo la firma de sus más connotados dirigentes —entre los cuales está, por supuesto, Jaime Guzmán—, se formalizó la constitución del movimiento "Unión Democrática Independiente", que con la sigla UDI se proyectó ante el país como una nueva alternativa política, con un estilo diferente, según sus dirigentes, "que deja fuera al asambleísmo, caudillismo y caciquismo electoral, y que presenta un sistema distinto hasta el ahora conocido, de trabajo y acción política".

—Usted ha dicho que el gremialismo es una actitud frente a los cuerpos intermedios. Que en él pueden estar personas que tengan en lo político distintas ideologías. Esto da un carácter ambiguo al gremialismo. Hay quienes afirman que ese carácter ambiguo les permite acomodarse a las circunstancias.

—No hay nada ambiguo. El gremialismo es una doctrina respecto de los cuerpos intermedios de una sociedad. En esencia, propicia que dichos cuerpos intermedios se desenvuelvan en forma autónoma y no sean instrumentalizados políticamente con fines distintos a sus objetivos propios. En ese propósito pueden concordar todas las personas, excepto las que adhieren a doctrinas totalitarias, porque estas últimas conllevan la supresión de esa autonomía. Esa postura no implica que los gremialistas no podamos tener respecto a lo político nuestras opiniones como ciudadanos y que esas puedan ser muy variadas dentro de las distintas alternativas democráticas.

—O sea, ¿podría darse el caso de que hubiera gremialistas que en el futuro militaran en la UDI y otros en la DC, Social Democracia y otros partidos?

—Por cierto.

—¿Y cree que eso va a pasar?

—Ojalá ocurra. De hecho, sucedió

La siguiente entrevista de la periodista GLORIA STANLEY fue publicada en la revista "QUE PASA" en su último número (652), que corresponde a la semana del 6 al 12 de octubre.

**QUE PASA**

Jaime Guzmán: "Soy escéptico frente a las posibilidades de un acuerdo político entre Gobierno y oposición".



así antes de 1973. El gremialismo es una concepción que debieran hacer suyas todas las corrientes democráticas. En teoría, no hay ninguna corriente democrática que proclame la instrumentalización política de las organizaciones gremiales, pero, en el hecho, por una tentación explicable pero funesta se ha incurrido en esa instrumentalización. Esperamos que a futuro los partidos democráticos corrijan esa práctica viciosa, de manera que todos los militantes políticos puedan encontrarse —junto a los independientes— como gremialistas en el plano gremial, aunque discrepen en lo político.

—Pero esa idea de despolitizar los gremios se ha traducido, en el hecho, en una crítica fuerte a la política por parte del gremialismo. ¿Cómo rompe hoy esa imagen de antipartidismo la UDI?

—El gremialismo nunca ha tenido una postura antipartido político.

—Pero sí la han tenido quienes han sido dirigentes gremialistas.

—Lo que el gremialismo ha criticado es el estilo que predominó en la vida partidista hasta 1973. Pero nunca ha objetado ni la existencia de partidos políticos ni el hecho de que quienes tienen vocación pública canalicen sus inquietudes a través de una militancia partidista. Personalmente, estimo que la militancia en un partido es sumamente conveniente como fórmula de influir en la vida pública.

—Usted había señalado hace no mucho tiempo que todavía era muy prematuro reabrir la lucha política. ¿Por qué el cambio de opinión?

—Yo creo que concurren varios elementos. El primero, una profunda decepción frente al espectáculo que, salvo honrosas excepciones, brindaron los actores de esta apertura política, que en una inmensa mayoría demostraron no haber evolucionado suficientemente desde 1973 y se proyectaron ante la opinión pública como una reedición de lo que el país conoció antes de esa fecha. Creemos que sería nefasto para el país, y especialmente para la juventud, que se supusiera que la vida política democrática necesariamente es lo que se ha mostrado en estas semanas de apertura. Pensamos que era indispensable abrir una nueva alternativa renovadora de personas y estilos políticos. Esa es la razón principal que nos movió a acelerar la formación de la UDI. Por otra parte, pensamos que la Alianza Democrática ha caído en una postura mucho más izquierdizante que centrista, con lo cual se ha dejado a un sector de electorado,

que se sentía identificado con las ideas de centro, huérfano de expresión. La UDI quiere ofrecer una alternativa de aglutinamiento a quienes se sienten ubicados en el centro o en la derecha del espectro político.

—El Ministro Márquez de la Plata ha dicho que en el futuro habrá dos grandes conglomerados políticos. Uno, con las fuerzas que traducen el pensamiento de Gobierno, y otro, con las fuerzas opositoras. La UDI ¿será una de estas fuerzas oficialistas?

—Nosotros hemos definido a la UDI como una corriente que sustenta un apoyo razonado e independiente de juicio frente al Gobierno. Eso significa afianzar su estabilidad, colaborar fielmente en las iniciativas de bien público que se emprendan y manifestar, también, una crítica constructiva cuando nos parezca necesario. De manera que no cabe hablar de partido oficialista. Ahora, con respecto a los conglomerados, nosotros creemos indispensable —para la estabilidad democrática— que existan pocas y grandes fuerzas políticas, y por eso señalamos en nuestro manifiesto que estamos abiertos a converger con otras fuerzas afines y conformar un gran partido político o federación, una vez que se produzca la legalización de los partidos.

—Se ha afirmado que ese conglomerado agruparía a las fuerzas de centro-derecha. ¿Puede hablarse de centro-derecha cuando la Social Democracia y Democracia Cristiana no están incluidas?

—Yo creo que sí, porque las cúpulas dirigentes de esas colectividades precisamente se han colocado, a través de la Alianza Democrática, en una posición de clara tendencia izquierdista, que no representa el pensamiento de su electorado.

—¿Y qué marca para usted el pensamiento izquierdista de esas fuerzas políticas? ¿Las alianzas o las actitudes?

—Las dos cosas. Aunque la Democracia Cristiana ha dicho que no hará alianzas con el Partido Comunista, lo que nos parece positivo, ha expresado que propicia su legalización y ha concertado entendimientos con fuerzas marxistas dentro de la Alianza Democrática, lo que nos parece muy negativo. Aunque esas fuerzas no se apelliden de leninistas, cualquier definición política marxista es irreconciliable con la democracia. Para que el socialismo sea democrático en Chile debe abandonar su definición de marxista, como lo hizo en

España el socialismo de Felipe González.

—¿Y considera importante la presencia socialista en el cuadro político chileno del futuro?

—No sólo importante sino muy útil. Si se forma una corriente socialdemócrata o socialista democrática que rompa claramente y en forma tajante con el marxismo, ella puede convertirse en un factor decisivo para la estabilidad del futuro cuadro político chileno. Yo no estaría nunca en ese partido y combatiría sus ideas, pero apreciaría enormemente su formación.

—Aparentemente, el lanzamiento a la vida pública de la UDI tomó de sorpresa a los nacionales, quienes habían pedido postergaran su formación como entidad para buscar el aglutinamiento.

—La legalización de los partidos políticos puede tomar varios meses más y la necesidad de aglutinar al elemento independiente y a las generaciones más jóvenes es tan urgente que se hacía imposible esperar. Incluso ya nos encontramos atrasados con respecto de lo que consideramos bueno en esta materia. Por otro lado, consideramos que el paso inicial dado, lejos de dificultar esa futura unidad de un gran conglomerado que abarque al centro y a la derecha, se facilita, porque permite que los sectores que nosotros podemos agrupar lleguen a ese conglomerado en forma más organizada.

—El gremialismo aparece durante estos años unido en imagen al equipo de economistas denominados "Chicango". ¿No resulta negativa esta ligazón para la UDI?

—El problema se soluciona diciendo cómo son las cosas. En primer lugar, no cabe hacer la aplicación de dicha unión al gremialismo, por lo impropio de emplear el término gremialista respecto de una acción política, impropiedad que esperamos se vaya superando a raíz de la creación de la UDI. Ahora, con respecto a la UDI, puedo decir que propicia un sistema económico libre basado en la propiedad privada de los medios de producción, en la iniciativa particular como motor de la economía, en un Estado subsidiario y, por lo tanto, muy activo en las funciones normativas, fiscalizadoras, coordinadoras, que le son propias y que no implican absorber la actividad económica particular ni intervenir discrecionalmente en ella, como sucede en los esquemas estatistas. Creemos también esencial a una economía libre una razonable apertura al comercio exterior con las debidas protecciones al productor nacional frente a las competencias desleales que dañan al país. Este sistema ha estado en práctica en Chile a través de distintas políticas e instrumentos. La UDI adhiere al sistema. Respecto a las políticas e instrumentos, mantenemos plena libertad de juicio para analizar las que en el pasado se han empleado y plantear las que en el presente y futuro consideremos más adecuadas.

—¿Y cuál es el juicio que la UDI tiene con respecto a los instrumentos económicos aplicados en el país?

—Es variada, porque los instrumentos o políticas específicas han cambiado muchas veces en los últimos años. Como democrata-independiente, esperamos próximamente periódicos planteamientos sobre la materia. Me gustaría subrayar, sí, que no debería repetirse la excesiva separación en compartments y estancos, entre lo político y lo económico, situación que se dio hasta hace poco. El equipo económico

"LAS ÚLTIMAS NOTICIAS", como un servicio más a sus lectores, reproducirá in extenso cada semana en estas columnas, con la debida autorización de los respectivos directores, artículos y entrevistas publicadas por las principales revistas nacionales de actualidad.

# DE UN ACUERDO POLITICO"



"El gremialismo nunca ha tenido una posición anti-partido político".

actuaba como un grupo muy homogéneo, pero de manera bastante separada del resto del Gobierno y del área política. Los economistas suelen no tener una visión global de las implicancias políticas de sus medidas, y esa es quizás la causa de que no se hayan adoptado a tiempo ciertos correctivos en determinadas políticas e instrumentos.

—Desde distintos sectores se pide un cambio profundo, a nivel de personas, en la conducción económica de Gobierno, aunque sea por razones de imagen...

—Me parece peligrosísimo cambiar personas por un problema de presunta imagen sin que exista la seguridad de contar con otras personas de igual o mejor competencia técnica. Además, no hay que olvidar que uno de los factores básicos para la recuperación económica es la confianza en la estabilidad de sus orientaciones. Acentuar una rotativa de personas incentivaría una sensación de inestabilidad y eso me parecería funesto.

—Pero el Ministro Jarpa ha dicho que la economía necesita de un aceleramiento rápido, que él no puede llevar a cabo su plan político mientras exista la grave situación de desempleo. Y esa aceleración pareciera no estar dándole el actual equipo económico.

—Pienso que el equipo económico comprenderá la necesidad de acelerar la reactivación al máximo posible. Pero no hay que olvidar que la economía funciona sobre la base de recursos limitados. Si se acepta desatar una inflación descontrolada, tendríamos una reactivación inicial más rápida, pero el desenlace a corto plazo de una fórmula semejante sería económicamente nefasto, socialmente más explosivo y políticamente inmanejable.

—Se ha llegado a una situación de polarización seria en lo social y político. ¿Cree aún salvable esta polarización?

Yo soy escéptico en cuanto a que se pueda llegar a un acuerdo político por la postura demasiado rígida y extrema que ha asumido la oposición. Creo que el hecho de que no acepten el plazo

constitucionalmente fijado para el período gubernativo del Presidente Pinochet proyecta una sombra de sospecha, de recelo, en el diálogo Gobierno-oposición. Ese factor dificulta cualquier acuerdo sobre elementos menores: Por cierto que también lo complica el que pretendan una Asamblea Constituyente, insistiendo en desconocer la Constitución vigente y el plebiscito que la aprobó. Todo eso me hace pensar que es difícil llegar a acuerdos.

—Parece ser un buen punto de acuerdo el formar una comisión bipartita.

—Yo la vería como muy favorable, siempre que no se pretenda que lo que ella resuelva sea imperativo para la Junta de Gobierno.

—Pero, ¿qué sentido tendría una comisión bipartita si no tiene en definitiva poderes resolutivos con respecto a las leyes que estudia?

—El enorme valor que tienen los hechos políticos. Hay instancias asesoras que por su peso ejercen una gravitación enorme y que desoirlas íntegramente significaría un costo político serio. Pero de ahí a colocar al Presidente de la República y a la Junta de Gobierno en condición interdictos políticos obligándolos a aprobar lo que decida la comisión mixta de civiles gobiernistas y opositores, hay un trecho muy grande por el cual se llega a un absurdo. Eso equivaldría a dar por terminado abruptamente el régimen militar.

—Y, ¿no cree usted que sería mejor que el país decidiera y aprobara las leyes que lo van a regir y no solamente la Junta?

—Yo no creo que el plebiscito sea una instancia adecuada para aprobar o pronunciarse sobre la legislación ordinaria. Hay que pensar que por algo las democracias nunca llevan a plebiscito sus legislaciones ordinarias sino que las reservan a cuerpos especializados y más reducidos.

—C.aro, a Congresos, por ejemplo.  
—Exacto. Pero aquí tenemos una Constitución plebiscitada y aprobada

por los dos tercios del país, que ha entregado temporalmente esas facultades a la Junta de Gobierno, y sólo de ella podría salir cualquier modificación al respecto. Pero eso es muy distinto a exigirle que se someta por anticipado a lo que resuelva un grupo de personas, por muy respetable que éste fuere.

—Y ya que hablamos de Congreso. En estos últimos días se ha hablado de resucitar el Parlamento de 1973. ¿Qué piensa de la idea?

(Sonríe). —Creo que revivir ese Congreso sería realmente una locura. No se puede desempolvacar ese Congreso, que por lo demás resulta absolutamente inviable. La UDI piensa que sería importante instalar un Congreso antes del constitucionalmente fijado, para que, durante la transición y con el Presidente Pinochet a la cabeza, funcione el régimen constitucional con todas sus instituciones políticas propias, a fin de que éstas adquieran el rodaje indispensable dentro del régimen actualmente vigente, de manera que la transición sea gradual, suave.

—Y en su opinión ¿de dónde saldrían los parlamentarios?

—Bueno, existe la alternativa que sea a través de una elección parlamentaria abierta o que ese Congreso sea designado por el Gobierno, como lo proponía el proyecto del Consejo de Estado para la transición. Personalmente, me inclinaría por una fórmula intermedia, que sería explorar la posibilidad de que el gobierno y las fuerzas políticas democráticas (gobiernistas y opositoras) se pusieran de acuerdo en un conjunto de nombres, tal como ocurrió en la primera presidencia del general Ibáñez. Creo que convendría designar una comisión mediadora o arbitral para facilitar el consenso. En ese caso, lo que podría plebiscitarse sería la instalación del Congreso y el conjunto de nombres acordados.

—¿Y lo ve factible?

—Difícil, por la rigidez que tiene la oposición. Pero no descarto que si la oposición rechazara algo semejante, la idea pudiera intentarse por parte del Gobierno en términos relativamente similares, buscando incorporar a personas independientes, partidarias y también contrarias al Gobierno, pero que no estén adscritas a las directivas de la Alianza Democrática. Yo soy reacio a una elección parlamentaria dentro del régimen militar, porque me parece que la campaña electoral es el momento más álgido de toda la vida democrática, donde se desatan pasiones que sobrepasan lo que es la vida política normal. No creo prudente una campaña electoral en medio de un gobierno militar.

—A la luz de los acontecimientos actuales, ¿no cree que habría sido preferible aprobar la Constitución presentada por el Consejo de Estado?

—Yo creo que sí, especialmente en lo que dice relación con el Parlamento designado. Es indudable que habría hecho más fácil la transición. Revivirlo hoy tal cual, me parece imposible, aunque creo que habría que explorar fórmulas como las que he insinuado, que pudieran facilitar el consenso en el momento presente. Lo que no me parece nada de posible es que se pretenda desviar el plazo establecido para el período gubernativo del Presidente Pinochet.

Ese es el límite de cualquier alteración que se haga a la transición, porque es indispensable que las Fuerzas Armadas dejen su responsabilidad en la conducción política del país como la culminación de una obra, y no como un corte brusco que se presentaría como un fracaso. Si ocurriera esto último, no me cabe duda de que la democracia que sobrevendría sería inestable, porque incubaría gérmenes de frustración en las Fuerzas Armadas, que luego se traducirían en cuartelazos y otros episodios frecuentes en Latinoamérica. A mí me abisma la falta de realismo en el grueso de la oposición para no advertir esto.

—Es que esas peticiones de la oposición tendientes a acortar plazos derivan de la falta de confianza en que el Gobierno quiera realmente llevar a cabo la transición hacia la democracia.

—Yo creo que el Gobierno tiene una firme decisión de hacerlo y que últimamente ha dado nuevas y claras pruebas de ello. No me parece justo que aun a estas alturas se puedan tener dudas al respecto.

—¿Y si no hay acuerdos? ¿Usted es partidario de seguir adelante con otros sectores?

—Pienso que no se puede hacer nada duradero en política sin un consenso amplio, pero eso no es sinónimo de acuerdo entre cúpulas partidistas. Los dirigentes de la Alianza pueden llevarse un chasco grande si creen con su actitud interpretar a la gran masa electoral. Hay quienes pueden estar hoy descontentos por la acción gubernativa, pero creo que esa gente no desea alentar una situación de caos sino buscar una salida razonable. Puede entonces que se produzca el consenso nacional al margen de las directivas políticas.

—Dentro del gremialismo hay quienes han ocupado durante este Gobierno importantes cargos. Sus opiniones, sin embargo, no siempre fueron tomadas en cuenta. Se piensa que si ellos hubieran adoptado actitudes firmes en su oportunidad, se habrían evitado errores importantes.

—Es posible que desde el punto de vista de dividendos políticos de grupo hubiera sido más rentable para nosotros haber adoptado una postura más tajante en los puntos en que nuestro criterio no fue acogido por el Gobierno. Pero, a mi juicio, la clave de una acción política responsable reside en priorizar siempre los intereses del país por encima de los dividendos políticos de grupo. Ninguna persona o grupo puede pretender que un gobierno le acepte todos sus puntos de vista. Al hacer una evaluación de conjunto para determinar si uno se coloca en una postura de colaboración o de rechazo, nosotros siempre hemos desprendido que la ubicación patriótica más adecuada es la de colaboración, con independencia de juicio. Porque el éxito o fracaso de este Gobierno no es el de un gobierno cualquiera, sino que compromete el futuro de las Fuerzas Armadas y, por lo tanto, del país.

—La UDI aparece como un grupo elitista. ¿Cómo llegará a los sectores populares?

—Cuando aparezca el verdadero respaldo que la UDI tiene, se van a llevar una sorpresa y verán que somos mucho más que una élite.

—Se suele decir que el gremialismo es Jaime Guzmán.

—En absoluto. Creo tener una influencia importante, pero compartida con muchas otras personas.

Gloria Stanley